

LAS RUTAS DE LA CHINA

Fernando Carbonell

Escritor

He leído un librito, pequeño, sobre la Globalización en grandes dimensiones, concebida como Historia Universal: Peter Gordon y Juan José Morales, *La Plata y el Pacífico*, Ed. Siruela, Madrid 2022. Sus tesis y sus hechos, parciales y quizá exagerados, como toda Historia, han dado fuertes golpes a mis conocimientos y convicciones históricas configurándolas de una manera nueva. Que voy aquí a mi manera, parcial y exagerada, a contar y resumir.

Un hecho —revela el libro— persiste desde los mismos comienzos de la Historia y la Prehistoria: la superioridad económica mundial de China. Que fue poco notable al principio desde nuestros países e historias, por su lejanía.

Pero su progresiva aproximación y consiguiente influencia, alcanza la categoría de Globalización por obra del Imperio Español: Primero, al circunnavegar la Tierra de Este a Oeste (siguiendo vientos y corrientes) con Juan Sebastián Elcano, viaje financiado por Carlos V. Y segundo, y definitivamente, al navegar de vuelta, o *tornaviaje*, de Oeste a Este (contra vientos y corrientes) por encargo de Felipe II, con Andrés de Urdaneta de jefe y cartógrafo, en 1565. Los empresarios y mandos eran españoles y portugueses, y las tripulaciones, de andaluces, vascos... peninsulares, italianos y griegos, por ese orden; como todo un galeón mediterráneo. Y así, la China era ya vecina.

Mucho se ha hablado de las especias, como el motivo comercial del Oriente. Pero fue la seda la que dio nombre a la antigua Ruta de la Seda, terrestre, siguiendo la ruta de Alejandro Magno. Y fue luego la plata la que dio nombre a la moderna Ruta de la Plata, marítima, en la que el Imperio español, encontrado con la China, dio lugar a la primera moneda global, de plata, el peso español de a ocho.

Por razones económicas, algunas para mí complejas, la China quería que sus múltiples productos se le compraran en plata. Y también, por razones internas, a fines del XVI la dinastía china Ming ordenó el pago de todos sus impuestos, internos, en plata. Venía a ser su moneda. Y la plata fluía en barcos españoles desde las minas americanas para llegar a ser la moneda de toda China y de todo el mundo.

Todavía a mediados del siglo XIX en *Moby Dick*, el capitán Ahab clavó en el mástil del Pequod “¡un doblón español!” para el primero que viera a la ballena blanca.

La plata fluía... como moneda, de América a Asia, al tiempo que los productos chinos, y las especias de Indonesia fluían en sentido contrario... Y lo hacían, sobre todo, en el emblemático Galeón de Manila, quizá el mayor barco mercante durante dos siglos y medio, hasta 1815. También fue llamado la Nao de la China. Figura histórica de la globalización. Como Elcano y Urdaneta, respectivamente de la ida y de la vuelta.

Y alrededor del Galeón de Manila, las dos primeras metrópolis globales se fueron creando: Manila, fundada por los españoles, y Ciudad de México.

A Manila emigraron miles de chinos que la convirtieron en ciudad casi china. Encauzaba el comercio con toda China. El famoso, español, mantón de Manila era de seda y bordados chinos. En Manila se tradujo y se publicó el primer clásico chino, el *Mingxin baojián*, traducido a

Espejo rico del claro corazón por Juan Cobo; quien, a su vez, tradujo al chino a Séneca.

De allí, Manila, el Galeón llegaba a Acapulco, y de éste, su mercancía, por tierra, a la primera verdadera ciudad global —en criterio de Gordon y Morales—, donde los cinco continentes se encontraban: Ciudad de México. Donde los barberos españoles competían con los barberos chinos. Durante dos siglos. Hasta su independencia de España.

Y todo ese mundo y trasiegos han llevado sus resonancias a mi particular experiencia... como sin duda lo hará a la distinta experiencia de cualquier otro lector. Los terciopelos, las caobas, las lacas, abanicos y cerámicas en las casas de mi familia (tuve un tío indiano con cafetales en Puebla), en todo eso ahora veo el Galeón de Manila, en él vinieron.

Y también hay una cierta reconstrucción histórica... particular. Soy cordobés. Y he sabido ahora que en la expedición intermedia entre la de circunnavegación y la de tornaviaje, la fracasada y dispersada donde murió Elcano, una de las seis grandes naves estaba al mando del cordobés Francisco de Hoces, pariente mío. Quien descubrió el cabo de Hornos, el extremo Sur del continente americano, y que el mar abierto, por donde él y su barco desaparecieron para siempre, entre el cabo y la Antártida, se llamó Mar de Hoces. Eso fue sesenta años antes de que por allí Francis Drake llegara y dejara a ese mar el nombre de Mar de Drake, con el que en Inglaterra lo conocen.